

## **RECUERDOS DE LA REPÚBLICA POPULAR DE POLONIA**

El 9 de septiembre de 1977 salí de México rumbo a Francia. La “*destination*” era Polonia, pero había decidido quedarme un par de días en París antes de poner los pies en un lugar que era para mí totalmente desconocido, al que me veía casi forzado a ir y que muy probablemente no habría elegido si hubiera tenido otras alternativas. Aproveché mi breve estancia en París para visitar a un antiguo conocido, convertido en un médico bien establecido y con un sentido del humor bastante “*piquant*”. Hice algunas compras en el *Marché aux Puces*<sup>1</sup> y, finalmente, tomé el avión sin tener la menor idea de qué era lo que me esperaba.

Llegamos a Varsovia alrededor de las 4 de la tarde. Yo ingenuamente confiaba en que alguien vendría a buscarme, ya que eso era lo que se me había asegurado en la embajada polaca en México. Después de esperar cerca de una hora y constatar con ansiedad que nadie llegaría, me animé, junto con un argelino a quien acababa de conocer en el avión, a tomar un taxi. ‘*Gare*’, ‘*station*’, ‘*estación*’, ‘*train*’, ‘ferrocarril’, etc., no servían para nada: en polaco ‘tren’ se dice ‘*pociąg*’<sup>2</sup>. Por último, coordinándonos, empezamos a imitar el ruido de las locomotoras. El taxista comprendió y nos llevó al centro, que es donde se encuentra el *Dworzec Centralny* (la Estación Central), junto al para mí entonces novedoso e imponente *Palac Kultury i Nauki*<sup>3</sup> (Palacio de Cultura y Ciencia). Hubiera sido entonces imposible imaginar que tres años después estaría yo viviendo justo enfrente de dicho edificio, en el departamento de una impresionante mujer que tuve la fortuna de conocer y la quizá todavía mejor de no desposar. Arrastrando mis maletas como pude, logré subirme a un tren repleto de gente. Cada media hora preguntaba ansiosamente si ya habíamos llegado y recibía la misma respuesta: ‘*Nie, nie*’. Durante este primer viaje vi lo que me pareció ser una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida. No sólo sus rasgos eran casi perfectos, sino que parecía emanar dulzura de manera inconsciente, impresión que, creo yo, era provocada por un cierto contraste de colores. El azul celeste de su sencillo vestido combinaba extrañamente con el de sus ojos y el acentuado negro de sus cabellos con la blancura de su tez. Fue una alentadora visión que me infundió tranquilidad en un momento crítico, haciéndome perderle temor al futuro.

---

<sup>1</sup> Literalmente, “Mercado de las Pulgas”. El equivalente en México sería el mercado de la Lagunilla. El de París es inmenso. Para llegar en Metro hay que bajarse en la estación *Porte de Clignancourt*.

<sup>2</sup> Se pronuncia más o menos así: pochiong.

<sup>3</sup> Se lee: pauats culture i nauki

Al llegar a Łódź tome un taxi, el cual me llevó de la estación *Fabryczna*<sup>4</sup> al *Studium Języka Polskiego dla Cudzoziemców* (Centro de Estudios de Idioma Polaco para Extranjeros), situado a 10 minutos a pie, pero al cual llegamos 20 minutos después, ya que el taxista se imaginó que un “tour” por la ciudad no me caería mal. Al llegar, considerando que el esfuerzo de imaginación requería un trato especial, quiso que le pagara en dólares. Después de 10 minutos de discusiones y, me imagino, de un mutuo intercambio de insultos en nuestros respectivos idiomas, se fue con 200 *złoty*<sup>5</sup> por un viaje que no costaría en condiciones normales más de 30. Debo aclarar que la beca de la que yo gozaba me había sido conferida por el gobierno polaco y el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM me había otorgado tan sólo un “complemento de beca”, por lo que mis recursos financieros eran no precarios pero sí limitados y, desde luego, mucho muy inferiores a los de los becarios que residían en países de Europa Occidental o en los Estados Unidos.

Lo primero que hicieron las autoridades del *Studium* fue refundirme un par de días, con todos los tercermundistas recién llegados, en el hospital estudiantil en donde estuve “en observación”. A decir verdad, eran más bien el hospital y la gente polaca quienes estaban “en observación”. Algo me chocaba constantemente, aunque era difícil detectar la causa. Las camas eran duras, la comida rústica y, en general, las condiciones de mucha menor calidad en comparación con lo que hasta entonces yo había vivido. Como guiado por un genio benéfico, el mismo día que llegué conocí a un chileno, un muchacho de unos 16 años, Claudio Alemany, cuya familia radicaba en México y el cual había estado en alguna ocasión en casa de mi tía María Luisa. Él ya hablaba polaco con fluidez y debo reconocer que se portó muy bien conmigo. Nuestra amistad dura hasta el día de hoy. A los dos meses de mi llegada, él tramitó su cambio a la ciudad de Gdańsk y yo dejé con compartir cuarto con un muy agradable joven palestino, y me pasé a vivir con su ex-compañero de cuarto, otro chileno y el otro único ‘Alejandro’ del *Studium*.

Alejandro Castillo merece unas cuantas palabras. Era bien parecido y era evidente que era un vividor profesional y que habría sido peligroso de haber sido un poco más valiente y atrevido. A los pocos días de mi cambio compré un “*music center*”, que conservé hasta la última semana de mi estancia en Polonia, en 1981, y que lo único que provocó fue que reforzara su “proyecto”. Él estaba persuadido de que, como decía, me “pondría a trabajar”, es decir, que le cocinaría, le limpiaría el cuarto, lo invitaría a cenar, etc. Poco a poco se fue convenciendo de que el hueso era más duro de roer de lo que parecía y creo que al final él se quedó con la impresión

---

<sup>4</sup> La ‘cz’ en polaco se pronuncia ‘ch’. Por lo tanto, esto se pronuncia ‘Fabrichna’. Esta aclaración será útil para otras ocasiones.

<sup>5</sup> La moneda polaca. En plural, para más de 5 en adelante, se usa esta palabra. La ‘z’ en polaco es como un zumbido suave. Esto se dice ‘zuotej’.

de haber estado más bien trabajando para mí. Quedamos como buenos amigos, si bien en el *interim* tuvimos algunos problemas más o menos serios. Era su segundo año en Łódź <sup>6</sup> y, por ser exiliado político chileno, no estaba obligado a hacer nada. En diciembre decidió viajar a Berlín Occidental a renovar su pasaporte. En principio, regresaría a mediados de enero. La verdad es que llegó hasta marzo y decidido a ya no ocuparse de “pequeñeces”. Como a la casi totalidad de las gentes sin ideales y sin objetivos impersonales les pasa, lo deslumbró la vida en el escaparate que era Berlín Occidental y se generó o se acentuó en él el odio y el desprecio por las condiciones de la vida estudiantil y del polaco medio, que hasta entonces había tenido que compartir. Pero si él estaba deslumbrado, yo no estaba dispuesto a ajustarme a sus caprichos. El cuarto (no más de 8 metros cuadrados) empezó de pronto y de manera alarmante a llenarse de basura: papeles, comida, ceniza, lodo, etc. Ni él ni yo dábamos nuestro brazo a torcer. Al cabo de tres semanas era tanta la cantidad de basura que casi no se podía abrir la puerta. El problema se solucionó gracias a la intervención de un amigo común.

En Łódź hice entre los estudiantes polacos y extranjeros amigos a los que quise en diverso grado. Con afecto recuerdo a una joven pareja, Zbyszek y Magda, y con emoción a otro fenomenal par con quien llegaría a intimar, Marek Lewandowski <sup>7</sup> y su esposa, Malina. Vivían en la casa de estudiantes que estaba ubicada justo enfrente de la nuestra. A pesar de las apariencias y de lo que ella mismo pudo pensar, a Malina le cobré genuino afecto. Sobre ella habré de decir después algo más. Entre los extranjeros, con quienes mantuve las mejores relaciones fueron un ex-guerrillero mexicano de la Liga 23 de Septiembre, de unos 34 años, de risa quebrada y sentimientos nobles, Ramón Gil Olivo,<sup>8</sup> y un famoso venezolano, un simpático pícaro, Jesús Marín, apodado “El Diablo”, quien había llegado a Polonia unos 15 años antes. Con Ramón pasé mucho tiempo jugando ajedrez y ... perdiendo. Gracias a Ramón conocí a 3 muchachas a quienes di gratuitamente durante cerca de dos meses, dos o tres veces por semana, clases de francés y quienes, amables desde el primero hasta el último día en que nos reunimos, me enseñaban polaco. Sus nombres eran ‘Ewa’, ‘Anka’ e ‘Isa’. Ésta última era bastante guapa, a pesar de que cuando yo la conocí usaba muletas. A los dos años, según me enteré, fue operada y se recuperó por completo. Me dio mucho gusto la noticia y le escribí, si bien hacía años que no nos comunicábamos y que la última vez en que nos habíamos visto nuestra entrevista había sido más bien fría. Desde luego, respondió con una tarjeta que, claro está, aún conservo.

---

<sup>6</sup> La segunda ciudad de Polonia. La primera letra es como una ‘u’, al igual que la ‘ó’. El nombre se pronuncia más o menos como ‘Udch’.

<sup>7</sup> La ‘w’ en polaco es como en alemán: corresponde a nuestra ‘v’.

<sup>8</sup> Según tengo entendido, Ramón se suicidó hace algunos años.

Fue gracias a esa gente que empecé a descubrir lo que era el mundo polaco o socialista o socialista a la polaca: un mundo de gente modesta y gentil, de gente mucho menos viciada y vacía y con una mirada más natural y limpia que las que hasta ahora he podido encontrar. No puedo desembarazarme de la idea de que esas personas, tanto por las limitaciones materiales como por los innegables beneficios generados por una estructura socio-económica igualitaria y el grado de cultura del que gozaban (enriquecida, ciertamente, por fuertes tradiciones), sabían vivir. Por ‘saber vivir’ quiero decir algo tan sencillo como esto: universalizaban sus placeres y los llevaban, de modo natural, más allá de lo que podría llevarlos el placer causado por el mero consumo privado. Era muy fácil compartir una buena comida en la República Popular de Polonia. Es más: yo diría que, con todo y las dificultades, era difícil no hacerlo. Simplemente no era posible entrar en una casa sin recibir té y galletas, si la persona era pobre, o un pedazo de pastel, quizá. En el caso de estudiantes, los “*kanapki*”<sup>9</sup> eran obligatorios. Y me consta, no por una sino por múltiples vivencias tenidas en las más diversas ocasiones y compañía, que lo que se compartía se compartía de modo natural y con gusto. Lo que en nuestros países es signo de amabilidad y cortesía, allá era natural. Una copita de vodka era inevitable y los anfitriones quedaban encantados si uno les contaba “cómo es allá de donde usted es” (*u was*). En más de una ocasión salí tambaleándome después de haber estado en dos o tres casas un mismo día. Los polacos de la época del socialismo ardían en deseos de ver otras cosas, de admirar otros paisajes, de degustar otros sabores que los que su país y su sistema les ofrecía. Dadas las dificultades que había para satisfacer sus ensueños, se contentaban con abrirles las puertas de sus casas a los extranjeros, así como las de sus sentimientos. Y mientras más distante era el país de origen, más “exótica” era la “aventura”. A pesar de que entendía que lo que estaba involucrado era una fácil racionalización, un tanto fatua y estéril, nunca pude reírme ni aprovecharme (como muchos extranjeros) de dicho juego de ilusiones, que era realmente un punto débil en la vida del polaco medio de aquella desaparecida cultura.

Sin duda alguna, la persona más importante para mí durante mi estancia en Łódź, una persona a quien me ligó, creo yo, una genuina relación de amistad y cariño, a quien respeto y a quien le debo “un mundo”, es a mi ex–maestra del *Studium*, Maria Mączyńska.<sup>10</sup> Mi relación con ella es única en mi vida. Nunca, en mis imaginarias excursiones sentimentales, había llegado tan lejos. Es una mujer que se transformó de manera palpable a lo largo de un año y no veo por qué no habría de jactarme pregonando que creo haber poderosamente coadyuvado a ese cambio. La primera impresión que tuve al verla fue la de que era miembro de la policía. Era

---

<sup>9</sup> Canapés.

<sup>10</sup> Su apellido, en femenino, se lee ‘Monchinska’. En masculino, naturalmente, el apellido es ‘Mączyński’. El nombre se acentúa fonéticamente en la primera ‘a’.

seca, cumplía con toda seriedad con su trabajo y parecía punto menos que imposible acercársele, no digamos intimar con ella. Sentía que estaba allí no sólo para enseñarnos polaco, sino también para convencernos de alguna que otra “verdad” concerniente al sistema. Uno de los primeros comentarios que profirió en clase fue que era yo “tremendamente individualista”. Al poco tiempo de haber iniciado el curso le dije que quería escribir algunas cosas en polaco y quería saber si estaba dispuesta a corregírmelas. Me dijo que era prematuro. Hicimos la prueba. Me tardaba más de dos horas en traducir media cuartilla, llena claro está de errores. Quedó muy agradablemente sorprendida (o, como en la esgrima, ‘*touchée*’), según me confesó después, cuando le dije que mi objetivo no era aburrirla y que, por lo tanto, sugería que ella misma me dijera qué temas de filosofía le gustaría comentar. Ese detalle de mi parte la predispuso definitivamente en mi favor. Nos quedábamos por lo menos dos veces a la semana, después de 5 o 6 horas de clase, a corregir mis escritos, el contenido de los cuales se lo tenía que exponer oralmente y con otras palabras. Ahora veo que hizo derroche de paciencia y de bondad. Empecé a acompañarla a la salida de las clases hacia la parada del tranvía y, en primavera, solíamos irnos a pie hasta cerca de su casa, situada a unos 40 minutos del *Studium*. Las caminatas en la República Popular de Polonia eran un lujo, por lo agradable y tranquilas que podían ser. La primera primavera de mi estancia, al igual que la segunda (cuando por primera vez llegó a Polonia, ya con la investidura de jefe de la Iglesia Católica, Juan Pablo II), fue simplemente espléndida. El contraste con el largo y penoso invierno torna más notable la belleza de los árboles y flores que, por lo demás, abundan. Allá aprendí lo que es ir a dar un paseo al parque y, más concretamente, a apreciar la verdadera función del parque. Al principio veía esa actividad como un simple resultado de la carencia de otras diversiones. Sigo pensando que en parte a eso se debía, pero también veo ahora lo positivo que era la consecuencia de esa situación y, asimismo, que era el resultado también de otras tradiciones y otra cultura. En todo caso, fue algo que disfrute después a menudo, por ejemplo, en *Lazienki*,<sup>11</sup> en Varsovia.

Un caluroso día de abril la acompañé, como ya era costumbre, hacia su casa, pero la caminata, por alguna razón, se extendía y extendía. En un momento dado, sin verme a la cara y sin detenerse, me dijo que tenía que “confesarme” algo, que podría reírme o burlarme si quería, pero que de todos modos me lo diría. Le dije que no tenía por qué pensar que yo podría tener semejantes reacciones. Entonces me dijo que le inspiraba yo una “gran ternura” y que se sentía muy contenta de ser mi amiga. Era la primera vez que me decían una cosa así, o por lo menos de ese modo. No habíamos tenido hasta entonces ningún acercamiento físico y pasó todavía algún tiempo para ello pero, independientemente de ello, nuestra relación era para ambos

---

<sup>11</sup> Los Baños. Es un parque inmenso, con un lago y pequeño palacio real. Allí solían bañarse los nobles. De ahí el nombre del lugar.,

no sólo placentera, sino también fructífera. Ella a mí me hacía sentir extraordinariamente a gusto y me proporcionaba exactamente lo que yo entonces necesitaba: una auditorio interesado, que aprecia y exige. Creo que con ella he dicho las cosas más bonitas que haya podido decir. Y a mí me gustaba incitarla a que pensara por su cuenta. Estoy convencido de que para ella poder hablar en las condiciones de seguridad y de confianza que yo intencionalmente creaba a través de relatos, comparaciones, datos personales, gestos, anécdotas, razonamientos, etc., era una deliciosa experiencia. Descubrió conmigo lo que era negarse a imponerle barreras al pensamiento. Nuestra relación llegó a ser tan estrecha que me dijo que estaba dispuesta a abandonar todo por estar conmigo y que si no me proponía nada era porque sabía que yo no aceptaría. Nunca manipulé su dependencia y por eso, entre muchas otras razones, es sólo con la muerte de uno de los dos que nuestra relación llegará a su fin.

Hubo, no obstante, algún momento de tensión. Después de haberme confesado que sentía simpatía por mí, ni ella ni yo sabíamos qué hacer. Unas dos semanas después, con unos 8 o 10 grupos del *Studium*, hicimos una excursión a Cracovia. Las vivencias de ese viaje son imborrables. Estábamos conscientes de estar muy por encima, y por lo tanto muy alejados, de la masa de niños traviesos, ignorantes y estúpidos con quienes íbamos. La primera noche, una vez que todos estaban o durmiendo o jugando cartas (estábamos hospedados en el *Dom Turystów*),<sup>12</sup> Maria y yo nos salimos a dar un paseo. El *Stare Miasto* (esto es, La Ciudad Vieja), con su bellísima catedral, estaba allí, casi para nosotros únicamente. La lluvia arreció repentinamente, por lo que tuvimos que guarecernos bajo el techo de una pequeña iglesia, enclavada en un callejoncito que daba a la plaza y con una pequeña fuente al frente. Por primera vez le acaricié la cabeza y pude decirle que yo también sentía algo **importante** por ella. Fue ese uno de los momentos más románticos que he experimentado. Regresamos corriendo al hotel.

El siguiente día lo pasamos visitando Cracovia: la casa de Matejko, el museo de la ciudad (donde esta el original de Leonardo *La Dama del Armiño*) y alguna que otra iglesia. Se hizo también la visita obligada al campo de concentración de Auschwitz y a lo que siempre me ha impresionado más – por un raro sentimiento de desolación y abandono que producen – a saber, las barracas en Birkenau.<sup>13</sup> Por la noche, como todos, salimos a refrescarnos con unas cervezas y a cenar. Recuerdo haberle platicado, en un restaurant subterráneo (que por cierto ya no existe) de mi papá y de mi relación con él, así como de cuánto lo quería y lo extrañaba. Le describí también, en aquel semifluido polaco que entonces tenía, algunas escenas

<sup>12</sup> La ‘ów’, al final de las palabras, se lee ‘uf’. Aquí se habla de una ‘Casa de Turistas’.

<sup>13</sup> Aquí uso los nombres en alemán, por ser los más conocidos. En polaco, la localidad es ‘Oświęcim – Brzeznicza’.

tristes de vida familiar. Reviviendo sentimientos superados, al hablar en particular de mi hermano se me salieron un par de lágrimas. Por primera vez (la segunda y última vez fue cuando nos despedimos, en enero de 1981, en Łódź), me dijo: *Te amo*.

La relación con Maria me dio mucha seguridad en mí mismo y ello por diversas razones. Me complacía mucho que una mujer mayor que yo y (en el mejor de los sentidos) adulta, pudiera sentirse atraída por mí. No creo haber hecho el amor con ella más de cinco o seis veces en cuatro años, por lo que nuestra relación no era “sexual”. Quizá por eso y porque era libre, sin compromisos externos, funcionó tan bien. A través de ella comprendí que la gente de los sistemas socialistas es **necesariamente** más abierta, más madura, más receptiva, menos cosificada (por definición) que las personas que viven de otra manera. Entre otras cosas, gracias a Maria logré ensanchar mi horizonte y pude salir decididamente de mis ya tambaleantes esquemas culturales. Al comienzo de mi estancia en Polonia, a pesar de sentir o presentir, por ejemplo, que había mujeres muy guapas, no hubiera podido decir que me atraían. La razón es simple: no eran del todo occidentales. Pero poco a poco fui modificando mi perspectiva y comprendí entonces qué me estaba sucediendo: estaba juzgando toda una cultura por medio de parámetros propios de otra. Tuve, pues, que padecer el no muy grato fenómeno de la “desculturización” (no, obviamente, el de la “desculturalización”). No creo haber perdido lo que mi cultura me dio (de hecho es imposible renunciar a ello), sino que más bien aprendí, a través de un proceso penoso y largo, a disfrutar “desde adentro” lo que otra cultura me estaba ofreciendo. En pocas palabras, sentí y comprendí lo que es el importante fenómeno del relativismo cultural, del cual soy ahora en la teoría defensor a ultranza. Y en ese proceso de liberación Maria fue clave. Me siento en verdad honrado por haberla conocido y tratado. Pase lo que pase, Maria Maćczyńska será siempre para mí una persona especial.

El primer 31 de diciembre que pasé en Polonia marco el fin de mi prometedor relación con Ewa, Anka y, especialmente, con Isa. Si bien no pretendo minimizar mi culpa, creo ahora que mi reacción fue un poco desmedida y que pone de relieve un rasgo importante de mi personalidad, a saber, que a menudo le confiero más peso a mi “imagen” que a las relaciones que de hecho tenga con alguien. Tal vez el punto quede mejor expresado de esta manera: quiero decir que la relación **tiene** que ajustarse a un cierto ideal de mí mismo porque, si ciertas condiciones no son satisfechas, la relación no nace o muere. Lo que en esa ocasión sucedió fue que me embriagué bárbaramente y, por consiguiente, me comporté como un auténtico huno. Con ello rompí una imagen que yo estaba seguro que sería imposible de reconstruir, al igual que la atmósfera que de ella dependía y que a todos placía. No es tanto la crítica moral como la estética la que en esa ocasión operó: después de

todo, no hice mucho más de lo que hubiera podido hacer cualquier otra persona en el mismo estado y no hay tampoco que olvidar que el alcoholismo es uno de los problemas más serios de Polonia. Así, más que rechazo “externo” fueron “internos” la crítica y el repudio. Estoy convencido, aunque es posible que esté en un grotesco error, de que mis amigas me habrían readmitido en el grupo, pero para mí todo había acabado. Obviamente, no recuerdo cuándo ni en qué circunstancias perdí la conciencia. Me desperté al otro día alrededor de las 7 de la mañana. De puntillas, mientras todos dormían, salí de una casa si no querida ya no para mí indiferente y en la que no volvería a poner los pies. Pasaron muchos meses y a pesar de algunos recados que recibí a través de Ramón, ya no volví a comunicarme con mis amigas. Deseo insistir, empero, que un intenso y sincero sentimiento de vergüenza, causado en parte por lo menos con la incongruencia en relación con la imagen creada, impidieron la renovación de una relación corta, pero bonita y divertida. Todo ello no dejo de dolerme: con Isa pasé mucho tiempo platicando. Recuerdo, por ejemplo, que cuando llegaba yo a tomarles la lección de francés, sin decir nada simplemente clavaba en ellas la mirada, en Isa especialmente, como si quisiera dar a entender que lo único que no podría yo aceptar sería que emanara de su boca un error. Isa entonces se ponía sumamente nerviosa y sin poder contenerse exclamaba: “Alejandro! No me aterrorices!” En Navidad, mi primera en Polonia, tuvimos ella y yo nuestro “*souper aux chandelles*”, siguiendo así una de las más venerables tradiciones polacas. La recuerdo con gusto y agradecimiento.

El *Studium* ocupaba la mitad del día. Las clases (idioma polaco, historia de Polonia y alguna que otra materia) empezaban a las 8.30 a.m. y terminaban a las 2 o 3 de la tarde. Después de la comida, en cambio, el tiempo estaba invariablemente dedicado a la filosofía. Leí mucho (y creo que con provecho) durante ese año. Por otra parte, dado que ya estaba ambientándome, tenía pensado quedarme en Łódź para el resto de mi estancia. Por ello empecé mi labor de ponerme en contacto con filósofos del lugar. Conocí a la Dra. Pawłowska y a su esposo, Tadeusz, quien, de todos los filósofos polacos, fue el que mejor y más me impresionó. Posteriormente conocí al Dr. Gregorowicz, director del Centro de Lógica y Filosofía de la Ciencia. Solicité su autorización para asistir a sus cursos introductorios de lógica y no sólo me invitó a ello, sino que me invitó a su seminario y me prestó en varias ocasiones libros (entre otros, un excelente libro de Kalinowski de introducción a la lógica deóntica). En esta ocasión, como en muchas otras antes y después, el francés me abrió las puertas. La Dra. Pawłowska había ya aceptado ser mi (como dicen allá) “promotor”, esto es, mi directora de tesis. Mi tema sería el utilitarismo. Hacia el mes de mayo, me aconsejó que elaborara una bibliografía, una exposición general del tema y, si fuera factible, un programa o esbozo de tesis. Estaba empezando a trabajar en ello cuando decidí ir a Varsovia (sería quizá a principios de junio porque, si no mal recuerdo, fue durante el periodo de la Copa del Mundo en Argentina), para



ponerme en contacto con el traductor de Wittgenstein al polaco: si no podía trabajar en lo que realmente me interesaba, debería ser por razones ajenas a mí. Maria fue, una vez más, quien me proporcionó toda la información que requería. El traductor en cuestión pertenecía al Instituto de Filosofía de la Universidad de Varsovia. Su nombre era ‘Bogusław Wolniewicz’.<sup>14</sup>

Llegué a Varsovia alrededor de las 12 del día y de inmediato me encaminé al Instituto. Comparado con otros institutos de otras universidades, el *Instytut Filozofii* (mi querido instituto) realmente no suscitaba mayor excitación, si bien contaba con lo que a primera vista era una biblioteca excelente. La secretaria me llevó directamente con la Sra. Żandarowska quien, según en ese momento entendí, se ocupaba de los asuntos escolares. Le expliqué mi situación y mi deseo de venir el siguiente año a estudiar a Varsovia **con** el traductor de Wittgenstein. Afortunadamente, Wolniewicz era un “*twardo głowy*”,<sup>15</sup> es decir, un miembro del partido de línea dura y, por consiguiente, era bien visto por las autoridades. La Sra. Żandarowska (cuyo esposo era miembro ni más ni menos que del Comité Central del Partido), muy amablemente y sin yo solicitarlo, se comunicó desde su oficina con el interfecto y me concertó una cita para ese mismo día por la tarde. Fue para mí una cita memorable.

Después de pasar unas cuantas horas vagando por las calles de Varsovia, regresé al Instituto una media hora antes de lo convenido. Había algunos alumnos en el corredor y salían y entraban de un salón. Daban la impresión de estar presentando un examen oral. Por lo que me pareció ser más bien una pose, algunos de ellos hablaban excesivamente rápido y por más que me esforzaba no lograba comprender todo lo que decían. Una muchacha inclusive me hizo un comentario al que no supe qué responder (era ni más ni menos que Ewa Maj, una espléndida amiga de varios años después!). De pronto, vi a la mujer más “divina” que he visto hasta el día de hoy, la mujer que, con excepción quizá de Catalina, más he querido y deseado. Su cabello era negro, al igual que sus pantalones y sus lentes (el tiempo me enseñaría que también su conciencia lo era). Su cara, simplemente perfecta. Desparramaba sensualidad. En particular, me llamaron la atención (y me sedujeron) sus gestos y modales. Era realmente una mujer con elegancia y con gracia, muy distinta del resto de las estudiantes. Me enamoré de ella desde el primer momento en que la vi, sentimiento que permaneció intacto durante más de una década. Sólo después vine a enterarme de que no era esa la primera vez que Edyta Rekas provocaba esa reacción en alguien. Pasó junto a mí sin dignarse siquiera verme. **Ella** cambió mi decisión de no quedarme en Łódź, trabajara yo con Wolniewicz o no. Era obvio, por lo que decían, que el examen era de lógica. Por lo tanto, inferí, tendría que estar en segundo

<sup>14</sup> Se pronuncia ‘Bogusuav Volnievich’.

<sup>15</sup> Literalmente, un “cabeza dura”.

o, a lo sumo, en tercer año. De ahí que, en principio, habría de estar en el Instituto el siguiente año. A partir de ese momento, ya sabía yo cual era la única opción universitaria abierta para mí en Polonia. El profesor Wolniewicz llegó puntualmente a la hora indicada. Hablamos no más de cinco minutos. Sin titubear, le dije que deseaba que fuera mi “*promotor*” y que quería trabajar en Wittgenstein o en Russell. Sin dar margen a discutirlo, respondió que Wittgenstein no podría ser el tema. Quedamos entonces en trabajar la filosofía del lenguaje de Russell. Así, con un proyecto de trabajo más afín a mí y una nueva y profunda ilusión, regresé a Łódź. Mi vida había súbitamente adquirido un sentido definido.

Al mes más o menos de mi incursión a Varsovia, regresé a México, para pasar un mes de vacaciones. Antes de partir, empero, tuve una curiosa experiencia en una especie de fonda y otra, muy grata, en el *Studium*. La primera tuvo lugar en un local adonde Ramón y yo habíamos ido a cenar, cerca de la estación de ferrocarril. Frente a nosotros estaba una mesa de gitanos, entre los cuales había una muy atractiva joven mujer. Al ocupar nuestros lugares, ella y yo quedamos frente a frente. Empezó entonces un sugerente y variado juego de miradas, movimientos discretos de cejas, cabezas, esbozos de sonrisas. Este silencioso (aunque público) encuentro duró no menos de 10 minutos. Me acuerdo muy bien que Ramón se dirigía a mí y yo simplemente lo ignoraba. A ella le pasó algo peor: su acompañante se molestó y empezó a insultarla. No obstante, ella y yo proseguimos, impertérritos, diciéndonos con la mirada lo que ciertamente no habríamos podido decir en ningún idioma. Enfurecido, su acompañante salió y regresó con un viejo, aparentemente su padre, quien en tono autoritario se dirigió a ella. Los ojos de la desconocida brillaron y, lenta e impudicamente, dejaron escapar copiosas lágrimas, todo ello sin dejar de vernos. Finalmente, tuvo que levantarse y abandonar el lugar. Me quedé un tanto absorto y dolido y tardé un poco en restablecer el diálogo con Ramón, quien intuitivamente captaba que algo raro había sucedido, pero nada más. Por mi parte, siempre tuve la sensación de que era esa una experiencia de una clase que sólo en los países socialistas podrían gestarse. Tengo todavía presente la imagen del rostro de la muchacha.

La segunda vivencia que quisiera velozmente narrar se refiere a uno de los últimos episodios de mi primer año en Polonia: el día de la “*Akademia*” (una especie de festival) en el *Studium*. En efecto, era costumbre organizar una “*matinée*” cultural al final del año escolar y aprovechar el material humano, mediante el cual quedaban representados más de 30 países. Los estudiantes cantaban, acompañados de sus propios instrumentos, o bailaban, luciendo toda una multitud de vestidos típicos. En aquella ocasión, lo recuerdo bien, hubo bailes árabes, ticos, vietnamitas, húngaros, etc., muchos de ellos dignos de Bellas Artes. México, menester es decirlo, brilló por su ausencia en el escenario. Pero el rasgo *sui generis* del evento se expresó antes de

que empezara el espectáculo, cuando todos los congregados en la sala, cerca de unas 800 personas, nos pusimos de pie y entonces tocaron *La Internacional*. Fue un momento emocionante. A la semana, estaba ya de regreso en México.

Después de un mes de vacaciones en México, me urgía regresar a Polonia. Había logrado tramitar mi cambio a Varsovia obviamente con la ayuda de Maria pero no tenía la menor idea de dónde iba a vivir. De regreso, en lugar de viajar directamente a Varsovia, me bajé en Ámsterdam en donde, había oído, existía el mejor mercado libre de automóviles en Europa Occidental y acerca de los cuales – debo admitirlo – conozco tanto como de perros, es decir, nada (aparte, obviamente, de manejar, lo que hago en general bastante bien). La razón por la que ardientemente deseaba tener un carro era, naturalmente, Edyta. Llegamos alrededor de las 9 de la mañana y a las 12 del día ya tenía el carro con el que planeaba llegar a Varsovia. Me costó 650 dólares o, dicho de otro modo, el amor también tiene sus límites, que se los fija el entendimiento. Se trataba de un *Volkswagen* en un no muy buen estado. Hicimos la transacción y quede en pasar a recogerlo después de la comida. Tenía pensado salir de Ámsterdam a eso de las 3 de la tarde e ingenuamente calculaba que estaría en Varsovia por la noche de ese mismo día! Recogí el carro a la hora prevista, pero me sentí francamente infeliz cuando, al empezar a circular en vías rápidas, el volante se puso a vibrar violentamente y era materialmente imposible controlar el automóvil. Decidí regresar e intentar deshacer la “operación”. Ámsterdam resulto ser un verdadero laberinto, tanto por sus incontables puentes como por sus calles circulares. Después de una hora y un tanque de gasolina, di con el lote en donde había comprado la carcacha. Les propuse 100 dólares, que se quedaran con el carro y que me regresaran el resto. Desde luego que no aceptaron, pero se comprometieron a hacerle un balanceo. Tuve que quedarme una noche. Al otro día, a las 9 de la mañana, llené el tanque y salí rumbo a Polonia.

En Holanda, en esas excelentes carreteras que tienen, iba insensatamente a un promedio de 140 kms. por hora. Crucé la frontera alemana sin problemas y decidí darle un “aventón” a una joven. Fue una decisión sabia. Ella iba a Bielefeld, que quedaba por mi camino, lo que me incitó a pasar a la universidad a tratar de ver a mi amigo Jorge Graue Casillas, olvidándome por completo de que, como era septiembre, estaría de vacaciones. Después de más de dos horas de camino, le dije que necesitaba cambiar un poco de dinero y volver a llenar el tanque. Nos salimos en la primera población importante que vimos, cambiamos el dinero en el banco pero, al tratar de arrancar de nuevo, el motor simplemente se negó a funcionar. La muchacha fue a pie a buscar un mecánico, el cual no quiso venir, por lo que tuvimos que empujar el carro ella y yo un buen trecho. El corto circuito quedó arreglado en 3 minutos. Fue esa la primera gracia de la carcacha, la cual me costó la (a mi juicio), desproporcionada suma de 40 marcos. Finalmente llegamos a

Bielefeld, en donde perdí más de dos horas buscando la universidad y dentro de la universidad a Graue al que, como era de esperarse, nunca encontramos. Mi acompañante y salvadora se quedó en la ciudad y yo continué mi viaje. Después de unos 80 kms en sentido contrario (o sea, 160 en números absolutos, los cuales equivalen, también en números absolutos, a casi un tanque de gasolina y un dolor de espalda), llegué a Hannover. Después de dar varias vueltas en el centro de la ciudad, estacioné el carro, bajé las maletas y pasé la noche en un pequeño hotel. Al otro día – serían aproximadamente las 6 de la mañana – y a la manera de un fugitivo, me acomodé en lo que sería tal vez el carro más viejo, sucio y feo de toda la ciudad y reemprendí mi trayecto hacia el Este. Crucé la frontera de Alemania Oriental sin problemas, pero después de unas 2 horas de espera en la cola de automóviles. Afortunadamente, todos mis papeles estaban en regla. En Alemania Oriental, dado que la carretera estaba prácticamente vacía y era una “super” (construida en los viejos tiempos del Nacional–Socialismo) iba con el acelerador hasta el fondo. Como si mi objetivo hubiera sido imitar a Faetón, pero protegido en esta ocasión por algún benévolo dios, rebasaba brutalmente los pocos camiones y automóviles con los que me topaba y cuyos ocupantes se quedaban boquiabiertos al verme pasar a velocidades nunca allí experimentadas. Sólo mucho después me enteré de que la policía alemana era especialista en detectar con radar a los belicosos del volante pero, por algún feliz azar, a mí me exentaron. En aquellos momentos, gracias a mi ignorancia de algunas más bien aterradoras posibilidades, era yo casi feliz. La perspectiva de regresar a la República Popular de Polonia siempre me hizo sentir bien y, por si fuera poco, iba yo con la mira puesta en el futuro y no lejano trabajo en filosofía (lo más importante en mi vida) y en una muchacha de ojos negros.

Crucé la frontera polaca por la tarde, después de una cola todavía más larga que la de Alemania y presagio de futuros conflictos. Tampoco en Polonia tuve problemas, a pesar de ir manejando por carreteras en estado lamentable, con columpios por doquier y campesinos y caballos (o, si se prefiere, caballos y campesinos) atravesándose a cada rato y una policía que se deleitaba levantando infracciones. Al llegar a una pequeña población, no entendí los letreros y me metí en sentido contrario. Desemboqué a toda velocidad en una pequeña plaza, pletórica de gente, la cual observaba incrédulamente un auto salido de quién sabe donde y el cual daba una vuelta en sentido contrario a la plaza y desaparecía. Por ser automóvil con placas extranjeras debería haber comprado en divisas bonos para la gasolina, pero dado que las placas holandesas, por una feliz casualidad, son (o por lo menos las de mi ex–coche eran) casi idénticas a las polacas, me vendían gasolina sin problemas. Llegué a Łódź a eso de las 10 de la noche y, después de preguntar aquí y allá, di con el departamento al que se había trasladado mi ex–compañero de cuarto, Alejandro. Me quedé en su casa cerca de dos semanas. Ese periodo ha sido uno de los más apacibles y divertidos que he vivido. Todo me sonreía: el tiempo, la suerte, la gente,

etc. Me dediqué a buscar a mis amigos y después de algunos recados y malentendidos di con Malina, en su casa, en Tomaszów, población situada a una media hora de Łódź.

Mis lazos sentimentales con Malina rápidamente se estrecharon. Nos veíamos casi a diario, a pesar de las dificultades que ella tenía para quedarse en Łódź. Dado que ya había acabado sus estudios, ya no tenía derecho a un cuarto en la residencia estudiantil (en el “*Akademik*”) y las porteras – una vieja gorda y gruñona en especial – resultaban cada vez más difíciles de convencer de que nos dejaran quedarnos allí. En ocasiones, por consiguiente, no quedaba otro remedio que el de compartir habitación en la casa de Alejandro. Con Malina me sucedió lo que en algunas otras veces en Polonia y **nunca**<sup>16</sup> más en otra parte: tenía una amiga completa. Íbamos al cine, comíamos juntos y nos pasábamos platicando todo el día. Nos daba gusto vernos y estar juntos, aún a sabiendas de que nuestras vidas iban por rumbos distintos. Nos reíamos mucho. Físicamente, lo más notable de Malina eran sus ojos. Juro que no miento cuando afirmo que los tenía de por lo menos tres colores distintos: azul, verde y café, pues se mimetizaban con la luz y la atmósfera. El único elemento que enturbiaba nuestro “*affaire*” era el hecho de que Malina era la esposa de mi amigo Marek, en cuya casa, en Łowicz, había estado hospedado en un par de ocasiones. Éste estaba cumpliendo su servicio militar y estaría encuartelado todo un año. Quizá hicimos mal, pero en todo caso no creo que se pueda emitir una condena simplista. Aparte de que la relación entre ellos era a menudo tensa y problemática, mi relación con Malina era enriquecedora, divertida y satisfactoria. Lo bonito de la relación es que no había malentendidos, supuestos, presuposiciones, mala fe, intenciones oscuras, proyectos no revelados: tanto ella como yo sabíamos lo que hacíamos. Además, puede afirmarse que, aunque no por completo distintas a las nuestras, lo cierto es que la mentalidad y las actitudes del polaco de la época del socialismo eran ligeramente distintas de las de árabes y latinos. Nuestra relación se mantuvo durante todo el año escolar 1978–79, entre otras razones porque, por casualidad, la casa de Varsovia en donde fui a vivir estaba situada a media cuadra de la casa de su hermana.

Después de unas 2 semanas de abandono, partí finalmente para Varsovia en la carcacha. No tenía la menor idea siquiera de dónde dormiría las primeras noches, puesto que no había solicitado un cuarto en un *Akademik*. Decidí por ello caer en el departamento de un venezolano, Fredy (quien después de tanto destilar ponzoña en contra de Polonia y sus habitantes terminaría casándose con una polaca), quien me dijo que me podía quedar allí mientras encontraba casa. Sin embargo, yo quería estar en deuda con él lo menos que fuera posible, por lo que ese mismo día empecé a

---

<sup>16</sup> Con una excepción, en México, que por razones obvias no puedo mencionar.

llamar por teléfono a los diversos números anunciados en el periódico *Życie Warszawy* (*La Vida de Varsovia*). Después de algunos fracasos, logré ponerme de acuerdo con una señora. De inmediato me dirigí con Fredy a la casa en cuestión, la cual quedaba en el centro de Varsovia, que era exactamente lo que necesitaba y quería. Era lo que los polacos llamaban un *M2*, es decir, un departamento de 2 cuartos, con baño y cocina. Tenía, además, teléfono y televisión. La única condición que la propietaria imponía era que se le pagara en dólares, lo cual era precisamente lo que yo deseaba, porque así podría vivir de mi estipendio sin tener que estar cambiando en el mercado negro. Nos pusimos rápidamente de acuerdo en el monto las mensualidades. Así que mi primera noche en Varsovia la pase en “mi” casa.

Una vez instalado, lo primero que hice fue poner en orden mis papeles en la universidad. Recibí mi “*legitimacja*”<sup>17</sup> (credencial de estudiante) y quedé matriculado como aspirante al doctorado, aunque sin tema ni director de tesis todavía. Me acuerdo con certeza del sentimiento que entonces me invadía: tenía unas ganas **inmensas** de compartir mi vida con la gente del lugar, de mezclarme con ella y creo que me habría casado con la primera polaca que me lo hubiera propuesto. Sin embargo, durante todo este periodo crítico de adaptación, la Providencia, por alguna sabia razón, me hizo invisible a los ojos de la gente.

La predisposición afectiva que me embargaba me llevó casi desde el principio a chocar con los latinos y, en especial, con los venezolanos. Simplemente no era posible estar con ellos sin escuchar insultos y burlas hacia los polacos. Las burlas eran, por lo demás, sanguinarias, vulgares, humillantes. Todo era motivo de risa: las colas en las tiendas, los problemas de transporte en la ciudad, la vida académica y estudiantil, la gente misma. Realmente me avergonzaba tener algo en común con gente tan baja y tan ruin y, después de un par de ocasiones en las que sentí haber hecho el ridículo, decidí no volver a salir en su compañía. Los improperios, salidos de bocas de lo que en sus respectivos países no eran otra cosa que colonizados, resentidos y chandalas, me sublevaban. Cuando los oía hablar, pensaba en Edyta, a quien todavía no conocía, y la sangre me hervía. Dado que no era yo de un temperamento dócil y que, a Dios gracias, mi lenguaje podía en ocasiones ser certero y dañino, muy pronto empezaron las dificultades. Yo estaba dispuesto, como toda gente decente (pues sólo un indecente se habría comportado de otra manera), a llegar hasta donde fuera necesario hacerlo. Sólo una vez, sin embargo, se me concedió la oportunidad de manifestar a gusto mi desprecio, oportunidad que evidentemente aproveché.

---

<sup>17</sup> Se pronuncia ‘leguitimatsia’

Por lo pronto, mi actitud hacia los venezolanos cambió. Intente tratarlos como ellos trataban a la gente. Decidí, por ejemplo, servirme de ellos. Tulio, una de las más repulsivas personas que he conocido tanto dentro como fuera de Polonia, me ayudó a tramitar la documentación concerniente al carro, ya que éste tenía que tener placas polacas. La carcacha tuvo que pasar su examen técnico y el mecánico inspector me obligó a comprar alguna que otra pieza. No obstante, la estrategia adoptada para con ellos no representaba realmente mi forma natural de actuar y, por otra parte, puesto que estaba claro que no podría modificar su conducta y que no eran ni particularmente útiles ni interesantes, opté por alejarme de ellos. Nos esperaba todavía un encuentro, que a continuación relato.

En diciembre de 1978 me fui a París, en donde se encontraba mi primo Hermilo, a la sazón Primer Secretario en la embajada de México en Francia y en cuya casa me quedé cerca de 3 semanas. En lugar de irme por tren, como originalmente lo había planeado, me dejé convencer por el bestial Tulio y acepté hacer el viaje en su “automóvil”. Los problemas empezaron desde Varsovia. Él tenía la criminal costumbre de echarle el coche a los transeúntes. Tuvimos por ello, todavía en Varsovia, un “agarrón” bastante fuerte y estuvimos a punto de cancelar el viaje. Si no lo suspendimos fue porque ambos pensábamos que a ambos nos convenía usar su carcacha, en lo cual él tenía razón mas yo no. El viaje, sin embargo, fue un verdadero suplicio, tanto por lo estúpido de su plática como por la carencia de calefacción. Después de diversas peripecias (por poco nos matamos en Polonia, ya cerca de la frontera con Alemania, cuando un camión se nos cerró súbitamente y, tuve la impresión, a propósito. Tulio tuvo que enfrenar. Como íbamos sobre una capa de hielo, el coche patinó. Dimos unas cuantas vueltas y fuimos a parar a la orilla de un barranco! Llegamos a París, no sin antes haber pasado a recoger a su novia, una tal Monique, una francesilla sin mayor gracia. Me fueron a dejar a casa de mi primo y, en la fecha acordada, Tulio me pasó a recoger. Después de pagar un tanque de gasolina y el hotel en Alemania Democrática, quedamos en que yo no pagaría nada más hasta Varsovia. Era en realidad un acuerdo justo, puesto que de ahí en adelante él tendría que pagar sólo en *zlotych*. Sin embargo, después de liquidar un par de comidas y uno o dos tanques más de gasolina, Tulio probablemente se sintió estafado y entonces se sublevó y se negó a pagar, como habíamos convenido, el hotel en Łódź. La verdad es que el gesto era revelador y tonto a la vez, puesto que a final de cuentas Łódź no está más que a una hora de Varsovia. Así que pagué lo que me correspondía en el hotel y subí de inmediato mis maletas al carro para evitar que Tulio arrancara y me dejara, pero ya que estábamos en las afueras de la ciudad le solté, sin que se lo esperara, todo lo que hasta entonces había querido decirle. Lo insulté de arriba a abajo hasta que me harté. Lo reté y le propuse recibir unos cuantos golpes (además de la amplia clase de insultos que ya le caían), pero cautamente se negó. Esa fue mi “venganza” hacia los

venezolanos anti-polacos de aquella época. Ellos, desde luego, siguieron comportándose como patanes en aquel hospitalario y bello país, pero yo por lo menos quedé tranquilo. Llegamos a Varsovia y Tulio me pasó a dejar. Bajé mis cosas y me metí en mi casa sin más de un ‘Que te vaya bien!’.

Wolniewicz, quien supuestamente había de ser mi director de tesis, resultó ser una persona demasiado difícil y, dejándome guiar por el instinto, preferí romper la relación con él antes que iniciar un trabajo de investigación bajo la dirección de una persona con quien lo más probable era que habría tenido múltiples dificultades y que me habría llevado al fracaso. Apuesto a que tenía no sólo para mí una personalidad sumamente atractiva o, por lo menos, imponente. Era un hombre ya en edad avanzada, alto y desgarbado aunque robusto, con prácticamente meros residuos de cabellos y usaba lentes oscuros. El todo daba como resultado un aspecto un tanto tenebroso. Era verbalmente muy agresivo. Hablaba lentamente y rara vez sonreía, aunque cuando lo hacía su risa era agradable, tal vez por lo raro. Al verlo, me resultaba imposible no pensar en Nosferatur. Su carácter y su aspecto físico parecían acoplarse a la perfección. No dudo, sin embargo de que en el fondo era un buen hombre o, mejor dicho, una de esas personas que en nombre de bellos ideales estaría dispuesto a sacrificar al mundo entero si ello fuera necesario. De regreso de México me lo encontré una mañana en el Instituto, hacia fines del mes de septiembre, poco antes de que empezaran las clases, y convenimos en que le escribiría un trabajo. Yo estaba sumamente preocupado porque, a pesar de mis esfuerzos y del trabajo con Maria, mi polaco todavía no me permitía elaborar un texto de filosofía. Por otra parte, estaba decidido a no escribir nada en inglés. Mi decisión era clara e inamovible: la tesis tenía que estar escrita en polaco y dadas mis dificultades con el idioma polaco, no quedaba más que buscar a alguien que me ayudara a corregir mis las traducciones, por lo menos al comienzo. El problema era, básicamente, que no era nada fácil encontrar traductor y, también, que la ayuda me costaría, aunque debo decir que el mercado negro (que por aquel entonces estaba alrededor de 120 *zlotys* por dólar. Llegaría a estar a 10,000 durante el periodo victorioso de la reacción) habría de aliviar la carga pecuniaria. Después de preguntar en diversos lados, una conocida, Danka Łukasz, se comprometió a ayudarme. Gracias a ella conocí a la persona que más me ayudaría en la elaboración de los capítulos de mi tesis, la estimable Małgorzata Nalewajko.<sup>18</sup> Mientras eso sucedía, preparé un trabajo en español para Wolniewicz. Lo hice así porque me dijo que los idiomas que él manejaba eran polaco, ruso, alemán, inglés, italiano y latín. Supuse entonces que accedería a hacer un pequeño esfuerzo y que leería en español, cosa que estoy convencido habría podido hacer. Después de dos o tres encuentros, que aproveché para hacer gala de un agudo sarcasmo y de una lacerante ironía (que de

---

<sup>18</sup> Margarita. La ‘j’ polaca es como la alemana, por lo que su apellido se pronuncia ‘Nalevaiko’.



algún modo lograba neutralizar), le agradecí abruptamente sus esfuerzos y le dije que buscaría otra persona. Su descontrol, al verse rechazado de manera tan imprevista, duró un instante. Me miró en silencio, me regresó mi trabajo y me deseó buena suerte, no sin antes tener la amabilidad de advertirme que en la siguiente reunión del consejo académico del Instituto, durante la cual mi caso sería examinado, él explícitamente propondría que me echaran, dado que no estaba claro cómo (esto es, en qué idioma) podría trabajar. Ignoro si hizo su gestión o no y, obviamente, si la hizo no fructificó. De todos modos, me lo volvería a encontrar en el examen final.

Por las razones que acabo de dar, los primeros dos meses me los pasé sin director de tesis oficial. El problema, sin embargo, quedó satisfactoriamente solucionado gracias a la intervención de quien fue, sin lugar a dudas, mi mejor amigo durante toda mi estancia en Polonia: Jacek Hołówka.<sup>19</sup>

La relación con Jacek empezó inclusive antes de conocernos personalmente. A través de Julek, conocí a una profesora de ética, Ludmiła, quien trabajaba en el Instituto y pertenecía al mismo departamento al que pertenecía Jacek. Cuando llegamos a su casa, estaba Teresa Hołówka, la esposa de mi futuro amigo. A él lo vi por primera vez durante una conferencia impartida por un americano (bastante mediocre, dicho sea de paso). Me llamó la atención lo bien que hablaba inglés, al grado de que pensé de que él mismo era “gringo”. Sin embargo, no trabamos allí conocimiento, a pesar de que simpatizamos por haber sido los únicos en tomar parte en la discusión. Hablé con él por primera vez cuando, habiendo ido a buscar a Ludmiła, me lo encontré en su cubículo durante su “*deżur*” (hora de consulta). Recuerdo que una de las primeras preguntas que me hizo fue: ‘¿Es usted comunista?’. Cautelosamente pero sin mentir, respondí diciendo que si por ‘comunista’ entendía ‘miembro de algún partido’, entonces no era yo comunista. Discutimos un poco acerca de los contrastes sociales en México y de la situación general de Polonia y eso fue todo. Probablemente la relación no se habría desarrollado si no hubiera sido, una vez más, por Edyta. Después de haber estado asistiendo diariamente al Instituto y haberme metido a diversas clases de licenciatura (en general no malas, sino pésimas. Era muy diferente la situación con los seminarios del posgrado),<sup>20</sup> nunca logré verla más de un par de veces y eso en la biblioteca. Empezaba ya a desesperar cuando, a través quizá de algún comentario, confirmé que ella estaba en tercer año y yo ya sabía, por los programas, que Jacek

---

<sup>19</sup> ‘Jacek’ es ‘Jacinto’. La ‘c’ en polaco es como la ‘z’ en alemán, es decir, se pronuncia ‘ts’. Mi amigo, por lo tanto, se llama ‘Jatsek Jouvka’.

<sup>20</sup> Entre los profesores destacados del Instituto estaban Amsterdanski, Ziembinski, Przyłęcki, Wolniewicz, Stanosz, por no citar más que algunos de ellos. Los cursos y seminarios de lógica y filosofía de la ciencia eran estupendos.

precisamente impartía un cursillo de ética (le correspondía lo que allá llamaban ‘ejercicios’) para alumnos de ese año. Así que, un día que me lo encontré a la salida de la oficina donde ambos cobrábamos nuestra mensualidad, decidí aprovechar la ocasión y después de la insulsa charla habitual le dije que estaba interesado en sus clases y solicité su anuencia (totalmente innecesaria) para asistir a ellas. Esto lo hice porque bajo ningún pretexto quería yo darle a Edyta la impresión de que estaba ansioso o deseoso de conocerla. Llegaría así con Jacek a la clase y nos encontraríamos, por una feliz coincidencia, en un terreno, por así llamarlo, neutral. Para mi sorpresa y, en verdad, desconcierto, me fui convenciendo poco a poco de que Edyta no estaba en su grupo, sino que estaba inscrita en el único otro grupo de ética! La compensación fue, sin embargo, inmensa, colosal, infinita. Al entrar en contacto con Jacek entré en contacto con quien en mi opinión era la persona más inteligente del Instituto (lo cual no quiere decir el mejor preparado o el más hábil filósofo). Empezamos teniendo pláticas al final de sus clases, durante las cuales le hacía comentarios acerca de su exposición, siempre fluida y polémica. Creo que me invitó a su casa por primera vez después de estar perfectamente seguro de que no escribía ni me ocupaba de marxismo. De todas las cualidades de Jacek (y eran muchas) una recuerdo con particular admiración y emoción: que nevara o brillara el sol, que se comiera para matar el hambre o en abundancia, que estuviera en su casa o en la escuela, Jacek Hołówka, independientemente de las circunstancias, siempre estaba sonriente, con la mano tendida y dispuesto a ayudar. Me aconsejó en los más diversos asuntos como un verdadero amigo. Fue él quien me puso en contacto con la Dra. Barbara Stanosz, quien finalmente sería mi “*promotor*”<sup>21</sup> y quien me puso en contacto también con un célebre psicoanalista de Varsovia cuando le dije que “necesitaba” unas charlas. Cené en su casa, compartiendo su modesta pero sabrosa comida, incontables veces. Me corrigió la traducción de mis trabajos en varias ocasiones. El primer año, una vez establecida nuestra amistad (para lo cual no requerimos mucho tiempo), solíamos comer juntos por lo menos dos veces por semana en un fonda en donde se comía parado. Cuando ya nuestra relación era de confianza, adquirió el insolente hábito de llegar a la biblioteca del Instituto, que es donde pasaba la mayor parte de mi tiempo, y amontonaba mis libros, papeles, apuntes, etc., indicando con ello que le urgía ir a comer y que no estaba dispuesto a esperar ni a consultar si yo quería ir o tenía hambre. A pesar de ser una persona especial, Jacek era un típico producto de la sociedad socialista polaca. Su antisovietismo era patológico y su proamericanismo enfermizo. Sin embargo, dejando de lado lo que considero su errónea (por parcial) concepción política, Jacek era un modelo de gentileza y de amabilidad. Era, aparte de culto, muy bien entonado y le encantaba silbar conciertos, sinfonías, operas, etc. Conocer y tratar a Jacek Hołówka fue una experiencia deliciosa. Nunca tuve con él un problema, ni siquiera

---

<sup>21</sup> Director(a) de tesis.

un roce. Fue para mí como un hermano mayor con quien siempre pude contar. Creo haber correspondido a su amistad y estoy seguro de que él quedó satisfecho con mi conducta y trato. Sin duda alguna, Jacek contribuyó poderosamente a que se desarrollara mi profundo cariño por la República Popular de Polonia.

No todo, empero, se sucedía sin dificultades. Había dejado a mis amigos de Łódź, no deseaba reunirme con los latinos y no tenía aún conocidos polacos en Varsovia. Había empezado a ir a la biblioteca del Instituto, a donde iba casi todos los días, pero difícilmente veía una cara amistosa, no se diga conocida. Octubre, ya iniciadas las clases, fue uno de los más miserables periodos de mi existencia. La primera semana la pasé en completa soledad, sin hablar con nadie más que lo estrictamente necesario, que era básicamente comprar comida. Un día me sucedió algo extraordinario y que fue para mí como una amorosa sinfonía de objetos caseros. Me sentía como abandonado y pasaba la mayor parte del tiempo en la casa, leyendo y preparando (bien lo recuerdo) un primer “*paper*” sobre la Teoría de las Descripciones. De pronto oí un ruido en la cocina. No era nada: una cuchara, creo, se había caído de la mesa; al poco tiempo una ventana se abrió; un poco más tarde se fundía un foco, se producía otro ruido en mi cuarto, se caía un libro y así indefinidamente. Lo realmente extraño no es que no me haya asustado, sino la forma como agrupé e interpreté esos fenómenos para los cuales, sin duda alguna, existe una explicación causal: imaginé (y creí en ello) que los utensilios me hablaban, que me tenían compañía, que me alentaban y me pedían paciencia. Todo vendría: a su tiempo. Y acepté dicho mensaje, el único acorde a mis actitudes, sentimientos y objetivos de aquella época.

En Cracovia había conocido a una mexicana, que tenía años en Polonia y familia en México y cuya dirección, obviamente, me dio. Cuando estuve en México hablé con su hermana, una muchacha realmente simpática, quien me invitó a cenar una noche a su casa. Al despedirme me pidió que llevara unos libros y unas cartas. No fue con mucho gusto que acepté el voluminoso paquete que me dio, pero que bueno que lo hice! A mediados de octubre (1978), me decidí a ir a entregar el paquete en persona a quien estaba dirigido. Fue entonces que conocí a Danka Łukasz y, ese mismo día, a su extraordinario hermano, Julian. De allí nació con él una relación de amistad, con altas y bajas pero enriquecedora y, me hubiera gustado crearlo, definitiva. Julian padecía la misma enfermedad que yo: disfrutaba promoviendo la discusión (él quizá con un poco más de alcohol de lo que estaba yo habituado). Empezamos a frecuentarnos. Danka hablaba perfectamente español (más correctamente, si he de decir la verdad, que cualquier paisano) y Julian hablaba bastante bien, aunque no como su hermana. La familia había vivido en México en la década anterior alrededor de 4 años. El padre de Julian, que acababa de morir, había ocupado un puesto importante en la embajada polaca. Después de algunas

“entrevistas”, Julian se propuso “introducirme” al mundo polaco. Me presentó entonces con multitud de personas: estudiantes, artistas, empleados, etc. De todo. Pasamos, asimismo, interminables horas discutiendo tanto banalidades como cosas interesantes. Hubo, sin duda, momentos en los que la plática no fructificaba, en los que yo sentía que no tenía nada en común con él y me imagino que él habrá pensado lo mismo. Pero a base de esfuerzo, fundado en una natural simpatía mutua y con buena voluntad, paulatinamente construimos la para mí inolvidable relación porque, he de decirlo, Julian fue la única persona que me arrancó lágrimas cuando, dándonos un abrazo, me despedí de él en enero de 1981.

La relación con Edyta se inició, a no dudarlo, con la ayuda de Dios (¿o habrá sido la del diablo?). Como ya dije, en el verano de 1979 volví a viajar a México, pero antes de irme me había puesto de acuerdo con un tipo para rentar un pequeño departamento situado en el mero centro de Varsovia y a 5 minutos a pie del Instituto. Era chico, pero estaba cuidadosamente amueblado. Tenía teléfono, televisión y el precio era razonable. Sucedió, sin embargo, que el propietario cambió de opinión estando yo en México, por lo que al regresar me encontré con que no tenía en dónde vivir. Ahora bien, en el mismo edificio vivía la persona que había fungido como intermediaria en el asunto, esto es, Zosia Wlazły, quien era empleada en la biblioteca del Instituto. Sintiendo responsable, me invitó a permanecer en su casa hasta que encontrara departamento. Me quedé en ella una semana, la cual resultó bastante tormentosa. Finalmente, gracias a Danka Łukasz, entré en contacto con Elżbieta Kudlicka, amiga de ella, quien tenía un departamento en Piaski, muy cerca de la casa de Danka y de Julek. Me trasladé el mismo día que nos vimos. El departamento tenía sus ventajas y sus desventajas, siendo la peor el que quedaba bastante lejos del centro. A cambio de ello, sin embargo, era yo casi vecino de Julek y Danka, de Ela y César (acerca de quienes hablaré después), de Emilio, un matemático chileno que tenía una impresionante biblioteca de libros de lógica y de filosofía de las matemáticas y con quien pasé muchas horas discutiendo filosofía y, sobre todo, de Jacek Hołowka, cuyo departamento estaba a 10 minutos a pie del mío. Pero lo más increíble de todo fue que, exactamente en el mismo edificio, en el piso X, vivían Anka Michalik, Ewa Maj y Jurek Stepień, estudiantes de la carrera de filosofía y amigos cercanos de Edyta.

La relación con los vecinos empezó, como era de esperarse, a desarrollarse rápidamente. Ellos tenían televisión y yo no, por lo que casi todos los días me iba a tomar una taza de té (ocasionalmente a cenar) y a ver la televisión. Hacia mediados de noviembre le pregunté a Jurek si conocía a alguien que tuviera teléfono y que me permitiera hablar a México. Inocentemente (?), de inmediato mencionó a su amiga Edyta. Así, después de un año y medio de espera, logré por fin hablar con ella en el Instituto. Fijamos una fecha para la primera semana de diciembre. La cosa sucedió

de este modo: una de las raras mañanas en que todos coincidimos, le recordé a Jurek que tenía que hacer mi llamada y él entonces me presentó con Edyta. Fue, por lo tanto, un encuentro neutral en tierra de nadie. Después de un par de comentarios y de asegurarle que no quería causarle ninguna molestia (y de recibir la respuesta de que podía estar seguro de que no era ninguna), concertamos una cita para la siguiente semana.

Llegué a la casa de Edyta a la hora indicada, esto es, a las 3 p.m. y salí de ella a las 6 a.m..... del día siguiente! Hablamos esa vez de todo, jugamos cartas, comimos y cenamos, oímos música, nos bebimos no sé cuántas cervezas, etc. El *pokar* en esa ocasión me fue muy útil. Es mi deber reconocer que desde el primer momento sentí en ella a un ser superior. Edyta no solamente era físicamente hermosa y no solo era su belleza “rara” (perfil casi griego, boca bien delineada, labios sensuales, cabello muy negro, ojos y pestañas grandes, un cuerpo de modelo, y el todo funcionando como una maquinita bien aceiteada), sino que además era de una personalidad abrumadora, avasallante, aplastante. Dominante de manera natural, con un muy agudo (y a menudo cruel) sentido del humor, un lenguaje florido, exacto y agresivo, conocía a la perfección toda clase de convenciones sociales y las utilizaba de manera consciente para sus propios fines que, creo, eran en su vida el placer y el poder. Era tal su perspicacia para predecir y diagnosticar líneas de conducta y actitudes y su habilidad para reaccionar rápida y acertadamente en situaciones inesperadas que llegué a pensar (y pienso todavía) que había recibido algún tipo de entrenamiento en el servicio secreto. Hablaba ruso bastante bien, un poco de alemán y de italiano y creo que también algo de inglés (le decía ‘*Honey*’ a más de un amigo). Podía ser simultáneamente dulce y despectiva y en verdad a menudo se ensañaba con los miembros de su séquito porque, no estará de más decirlo, Edyta disponía de un nada despreciable grupo de admiradores incondicionales, a quienes privilegiaba con su compañía y manipulaba a su antojo. Dicho grupo, por otra parte, se encuentra en la raíz de los más serios problemas que posteriormente tuvimos. Pero, independientemente del hecho de que a final de cuentas nuestra relación haya terminado en un fracaso rotundo, inmenso e imperdonable y de que me haya marcado y creado situaciones muy angustiosas (e.g., el dolor de estar consciente de haber perdido a un ser tan excepcional), no quiero dejar de afirmar abiertamente que reconozco en Edyta a la **única** mujer que me ha enseñado algo, esto es, no teoría sino vida y de alta calidad. Fue realmente un honor el haber tenido la oportunidad de convivir con un “monstruo” así, pues era incuestionablemente una mujer que, para emplear una de sus muchas expresiones, “mostraba nivel” en cada situación.

Era evidente que era imposible sustraerse a la atracción de semejante sirena, además de que no deseaba ni siquiera intentarlo. Al poco tiempo, nos volvimos a ver en la fiesta de Navidad del Instituto y de allí nos fuimos a una ‘*prywatka*’ de amigos

de ella. Hasta ese momento todo era únicamente reconocimiento del terreno. A los pocos días me fui con Anka Michalik a su casa, en Skierniewice, a pasar la Navidad con su familia. No obstante, en contra de los planes originales, inmediatamente después me regresé a Varsovia, a pesar de las protestas de Anka. La invisible red del encanto de Edyta empezaba a asfixiarme.

Al día siguiente de mi regreso a Varsovia literalmente obligué a Cesar San Juan (un matemático más papista que Juan Pablo II y, como fiel seguidor de éste último, procreador de más de media docena de vástagos) a que le llevara a Edyta, de parte mía, un regalo de Navidad. Era simplemente un librito en español (*Los Antiguos Mexicanos*) y estaba pensado como una sugerencia para que aprendiera dicho idioma y, obviamente, para algunas cosas más. Cómo serían ya a estas alturas nuestras relaciones que la dedicatoria que le puse (en polaco) fue: *Para mi mejor colega, a fin de que no piense que soy su enemigo!* Al otro día se presentó en mi casa en forma totalmente inesperada con una botella de vino. Había, pues, interés de su parte también. A partir de ese momento, las cosas evolucionaron rápidamente. Ese mismo día le pregunté, a sabiendas de que su mamá quería o podía rentar el departamento de su esposo (Jurek me lo había dicho), si no sabía de algún lugar al que me pudiera cambiar, ya que el departamento en el que estaba me quedaba demasiado lejos del centro. Era, obviamente, un acto ciego y casi puramente instintivo, puesto que yo estaba perfectamente a gusto y tranquilo en lo que era mi casa. Evidentemente, me ofreció de inmediato el de su madre y padrastro, situado ni más ni menos que en la calle *Emilii Plater*, a un costado del Palacio de la Cultura y de la Ciencia, enfrente de la *Sala Kongresowa*. Más central era imposible encontrar una casa! Así que, en pleno invierno y en contra de las recomendaciones de todo mundo (empezando, claro está, por las de la propietaria) y tres días después de haber tocado el asunto, me cambié de casa casi sin haberla visto. Acto seguido, ella contraatacó: una tarde, estando ya instalado, me habló por teléfono (en mi nueva casa tenía teléfono y televisión a colores) para decirme que ya había hecho por mí todo lo que ella pensaba que podía interesarme y necesitar de ella y que por lo tanto ya no me daría más lata. Decidí entonces hablar claro y hacer explícita mi situación sentimental hacia ella. Ese mismo día vino a la casa y allí le conté todo lo que aquí he narrado. No sé si fue para mi bien o no, pero lo cierto es que no me creyó ni una palabra. No obstante, la relación empezó a perfilarse con mayor nitidez.

Empezamos a salir y a vernos en restaurantes, cines, cafés, etc. En una ocasión, fuimos a un pueblo cerca de Varsovia a ver una película mexicana (*Los Hijos de Sánchez*) y como éramos los únicos espectadores el cajero no quería vender boletos. En un desplante compré entonces no recuerdo si 20 o 25 boletos y tuvimos la sala para nosotros. Yo solía ir al Instituto y trabajar por las mañanas, pero por las tardes, diariamente, a partir de las tres más o menos, me presentaba en su casa,

en donde a menudo me quedaba hasta las 12 p.m. o más tarde. Me regresaba en taxi (radio taxi) a mi casa. Así pasó casi todo enero. A finales del mes, por insistencia mía, se pasó a vivir conmigo (a su casa y por la cual, no obstante, yo seguía pagando). Hicimos un tormentoso, pero útil, viaje a Toruń y al regresar de él (el 4 de febrero, que es el día de su cumpleaños; el mío es el 3), empezamos lo que creo que habrá sido para mí el más dulce, triste, tierno y horrendo periodo de “vida conyugal”. En otras palabras, mi única historia de amor real completa, corta pero inolvidable.

Edyta me hizo cien por ciento feliz por muy breves lapsos y cien por ciento desgraciado durante casi todo el tiempo. Pienso, sin embargo, que aunque sentimentalmente fue muy salvaje conmigo, ni ganó nuestra guerra privada ni toda la culpa de ésta recae sobre ella. Creo que, en parte al menos, mi conducta de latino en un contexto de matriarcado aceleró o intensificó el proceso de descomposición de nuestra relación. Yo tenía celos hasta de los animales (había que ver que de mimos procuraba a los perros y, en contraste, cómo trataba a los hombres!) y me parece que traté vana y torpemente de imponer un esquema de vida primitivo, es decir, burgués, en el socialismo (y a una mujer como ella!). Sinceramente pienso que yo habría aceptado el reto de la vida nueva si no hubiera tenido a Oxford en perspectiva. El problema era que para llegar a Oxford tenía que trabajar mucho, acabar mi tesis cuanto antes, corregir mis versiones de los capítulos, discutirla, pasar los exámenes, etc. En todo ello, Edyta no sólo no me ayudó, sino que complicó lo más que pudo mi existencia y mi trabajo. Nunca, a nadie he querido tanto (como mujer) como quise a Edyta y con nadie he sido tan duro como lo fui con ella. Todo era motivo de pleito entre nosotros, todo era fuente de problemas. Está claro, por otra parte, que tampoco ella supo adaptarse a alguien con su misma (por lo menos) fuerza de voluntad.

Edyta cocinaba estupendamente y era extremadamente limpia. Haber hecho el amor con ella fue una experiencia tan soberbia que desde entonces todas las mujeres con quienes me he comunicado sexualmente me resultan semi-insípidas, simples, torpes, sin técnica. Era, en verdad, toda una experta en dulzura. Y sin embargo... Celos, tensiones, provocaciones, humillaciones, burlas de todo tipo, amenazas, golpes, etc., fueron lo que conformó nuestra relación. Éramos sumamente afines y disfrutamos algunos momentos de **gran** comunión, pero estos fueron breves y espaciados. La pesadilla terminó cuando, durante la Semana Santa de 1980, decidí ir a Inglaterra. Cuando volví ya se había regresado a su casa. Al poco tiempo, unas tres semanas después, yo me regresé a mi antiguo departamento, que por fortuna todavía estaba disponible. Había terminado oficialmente mi relación con el único prospecto serio de esposa que he tenido y que, muy probablemente, tendré. La prueba de que la amé con pasión, desmesuradamente (aunque siempre sin sumisión) es que “*she still puzzles me*”. Dado que teníamos cuentas vitales pendientes, varios

años después nos volvimos a ver, tanto en Polonia como en México y, sin consideración del uno con el otro, volvimos a reproducir, con la mayor fidelidad, los mismos desastrosos esquemas de conducta a los que antaño nos habamos sometido.

En julio de 1980 llegaron mi papá y mi hermano Juan a visitarme. Después de una semana agitada en Polonia, en donde visitamos Zakopane, Cracovia, Oświęcim<sup>22</sup> (Auschwitz) y Varsovia, una semana llena de conflictos y de incomprensiones de toda clase, en parte a lo que ya era un choque de mentalidades, abreviamos la estancia y nos fuimos a Italia. El itinerario de ese viaje fue casi tan maravilloso como el que habría de hacer dos años después con mi papá, ya estando yo en Oxford. Esa vez fuimos a Roma y sus alrededores (como Castelgandolfo), Florencia, Venecia, Milán, Marsella y París, siempre en excelentes restaurantes, hoteles de lujo, tiendas de primera, paseos fantásticos. En Roma tuvimos un chofer (un tal Mario) y el resto del recorrido hasta Marsella manejé yo en un *Renault* alquilado en Roma y que entregamos en Marsella. Los conflictos entre mi papá y yo proliferaban. Un enfrentamiento particularmente desagradable estalló precisamente en Marsella. Para que mi hermano, que era invidente, pudiera bajar del auto, mi papá me indicó que me detuviera en un cierto lugar. El problema era que allí donde él quería bajarse estaba claramente prohibido hacerlo. Después de años de vivir en una sociedad tan rígida (desde este punto de vista) como lo era la polaca, me resultaba absolutamente imposible acceder a su petición y no pude menos que negarme. Se ofendió mucho, como nunca o casi nunca, ofreciendo toda una serie de razones que a mí me resultaban si no ininteligibles sí imposibles de aceptar. Como para mí en ese momento su posición era más incomprensible que el chino, el disgusto era inevitable. El enojo duro un par de días. Contemplando retrospectivamente las cosas, creo ahora que quien se equivocó fui yo, sólo que en aquel momento me era imposible comprender que hasta el más perfecto de los sistemas normativos permite excepciones. Nos despedimos en París un tanto fríamente y sin que hubiéramos comprendido bien a bien qué nos había separado. Por mi parte, debo confesarlo, ansiaba, por un sinnúmero de razones, regresar a la Republica Popular de Polonia, único lugar en donde he sido plenamente feliz. Me esperaban, sin embargo, algunas sorpresas.

Regresé el 1 de agosto. Cosa extraña, se habían producido huelgas en el norte del país y huelgas de apoyo a las huelgas en todo el territorio polaco. La televisión, la radio y la prensa se cebaban en los huelguistas. Sufrí los primeros paros del transportes en Varsovia. Todo mundo estaba sumamente excitado. No había otro tema en las bocas de las gentes. Había nacido *Solidarność*. Su “jefe máximo” era un pequeño electricista de Gdańsk y su nombre era ‘Lech Wałęsa’.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> Se pronuncia, más o menos, ‘Oshvienchim’.

<sup>23</sup> Se pronuncia ‘Lej Vauensa’.



Las tiendas empezaron a vaciarse paulatina pero sistemáticamente y las colas a extenderse. La vida se hizo realmente pesada para la gente. Yo ya había entregado mi tesis y había pasado el examen de economía política. En noviembre, viajé una vez más a Oxford, en donde vi al Dr. Griffin, quien muy amablemente me invitó a comer al comedor de los *dons* de “Keble College”. A la semana estaba de regreso en Varsovia, ansioso por presentar mi examen de tesis y deseoso, por inconsciente, de abandonar mi entrañable República Popular de Polonia. Pasé mi examen el 5 de noviembre. Después de que se me confirió el grado, tuve que decir unas palabras de agradecimiento, al final de las cuales, entre sollozos y con nudo en la garganta, dije, en vista de que mi estancia en Polonia se acababa, lo que por fin tenía derecho a decir, esto es, que quería que todos supieran que había sido realmente feliz en Polonia. Fue, para mí por lo menos, una ceremonia muy emotiva. Estaban presentes miembros de la Embajada de México, profesores, amigos, estudiantes y, claro está, Maria Mączyńska. Por la tarde, nos reunimos en un local rentado para celebrar la aprobación, en donde cenamos unas cuarenta personas (entre otras, el embajador Don Ernesto Madero y su esposa). A principios de enero recibí mi diploma de manos del rector Samsonowicz, (durante una ceremonia que no puedo recordar sin sonreírme, pues cometí un error en el protocolo: me quite los guantes para firmar mi título). A la semana tomaba el avión rumbo a México, en uno de los viajes más agotadores que he realizado. Estaba, como dije, deseoso de irme de Polonia y seguro de que sólo por casualidad regresaría. Pero no me había dado cuenta del cambio que Polonia había operado en mí; no había caído en la cuenta de que la vida en el socialismo, en la compañía y amistad del *homo socialismus*, me había transformado. Casi desde el primer momento en que pisé tierras nacionales empecé a extrañar la cultura de la Polonia socialista: no sólo la comida, los amigos o el lenguaje, sino el transporte, las relaciones humanas, el sistema de reacciones y de valores de aquella gente con quien había convivido más de 4 años. Desde entonces siento un vacío que nada ni nadie ha podido colmar. Para mí, la República Popular de Polonia fue, por múltiples razones, objetivas y subjetivas, permanentes y circunstanciales, “casi el paraíso” y es desde entonces “el paraíso perdido”. Ya ahora sé y entiendo por qué nunca más volveré a ser tan feliz como lo fui en esa bendita porción del espacio-tiempo.

Abandoné Polonia en enero de 1981 con cierto vago e indescriptible pesar, pero también con ciertas ilusiones. Tenía ganas de irme porque tenía planes: planes de trabajo serio y de continuación de estudios; tenía ganas de irme porque el fracaso con Edyta me seguía siendo intolerable. Lo que me dolía era, así lo pensaba, dejar a mis amigos, a Jacek, a Grażyna, a Ela, etc. Todavía no me daba cuenta, más que muy oscuramente, de que dejaba algo más y algo sumamente valioso, aparte de algunas personas concretas.

Después de unos 10 meses de pesadilla en México, regresé a Europa en septiembre. Esta vez fue Inglaterra y, más concretamente, Oxford, el lugar receptor. La vida en el “college”, que tan a menudo había oído ser fascinante, me pareció vacua y aburrida. Hay, obviamente, experiencias “únicas” y novedosas y que por ello gustan. Las primeras cenas con toga, los “*sherry party*” con el *Warden* del “college”, los “*guest nights*” y, desde luego, las clases, los seminarios, la redacción de mi trabajo, las sesiones con mi supervisor, todo ello era excitante. Para quien viene con ansias de mezclar un poquito de estudio con mucho consumo, Oxford es el lugar ideal. No era esa, desgraciadamente, mi posición. Por si fuera poco, fui durante mi primer año el único estudiante graduado de filosofía en el *college* y los miembros del MCR (*Middle Common Room*)<sup>24</sup> resultaron ser grotescamente pueriles, aburridos e infantiles. Mi correspondencia con los polacos, las constantes noticias de Polonia y los imborrables recuerdos contribuyeron a desvalorizar a mis ojos la vida no académica de Oxford. Se venían las vacaciones de Navidad y mis planes eran pasarlas tranquilamente en el *college*, trabajando. A mediados de noviembre, empero, cometí el *faux-pas* (no resistí la tentación) de ir con una querida amiga norteamericana que había vivido mucho tiempo en México y con quien mantengo una estupenda amistad, Isabelle, a ver *Człowiek z Żelazy*,<sup>25</sup> de Andrzej Wajda.<sup>26</sup> Al salir del cine, ya había decidido que iría a Polonia en las vacaciones de invierno. Le escribí a Ewa Maj preguntándole si podía hospedarme en lo que era su nuevo departamento y contestó de inmediato afirmativamente. Arreglé mis papeles en la embajada polaca con tres semanas de anticipación. Debía tomar el avión de Londres el viernes 11 de diciembre a las 4 de la tarde. El 10, sin embargo, cayó una inusitada nevada en Inglaterra, la cual paralizó carreteras y aeropuertos. Logré llegar a Londres en uno de los pocos autobuses que circulaban y en Londres tomé otro para el aeropuerto de Heathrow, ya que la línea Oxford–Heathrow había sido cancelada. Llegué alrededor de las 2 de la tarde, habiendo salido de Oxford a las 9 de la mañana, para esperar en un aeropuerto repleto de gente cerca de 12 horas, entre rumores de que el vuelo sería cancelado. Por fin, el sábado 12, a las 3 de la mañana, salimos para Varsovia. En Varsovia esperamos cerca de 2 horas para que nos entregaran nuestras maletas. Pudimos salir del aeropuerto a eso de las 8 de la mañana y entonces pude constatar, con horror, que había dejado mi agenda con todas mis direcciones en Oxford, incluyendo la nueva dirección de Ewa y Jurek. La verdad es que no me explico cómo pero di con la calle y sigo sin comprender cómo fue que di con el número de edificio y de departamento de Ewa y Jurek. A las 9 de la

<sup>24</sup> En general, en los colegios hay el *JCR* (*Junior common Room*), que es centro de reunión de los estudiantes de licenciatura, el *MCR*, que es el centro de estudiantes de posgrado, en donde se puede tomar té, ver la televisión, leer los periódicos, comprar botellas de vino, etc. Por último, está el *SCR* (*Señor Common Room*), que es el espacio de los profesores del *college*.

<sup>25</sup> El Hombre de Acero.

<sup>26</sup> Por razones ya aducidas, el apellido de este justamente afamado director se pronuncia ‘vaida’.

mañana estaba ya con mis amigos en su casa. 20 horas más tarde, el general Wojciech Jaruzelski leía su discurso en el que anunciaba la imposición de la ley marcial y el estado de guerra.

Oxford/México, 1982

### *Post-scriptum*

He narrado algunas de mis experiencias en Polonia con franqueza y verdad, pero quiero insistir en que no me he descubierto con miras únicamente a efectuar un recuento de vivencias. La motivación de estas páginas no tiene nada que ver con la vanidad o la vanagloria. Sirven ellas más bien para fijar en la conciencia las imágenes y recuerdos de seres humanos de un mundo que ya no existe y que me enseñaron a **vivir** y a **ser de otra manera**. Esas gentes fueron para mí como guías en mi conducta diaria. Lo que me incitó a escribir estas notas fue una permanente, tremenda y en ocasiones insoportable **nostalgia** y me incitó a hacerlo el imperativo deseo de decirles a otras gentes, a través de un relato con contenido no teórico sino vital, que el socialismo real, por defectuoso que haya sido, producía en verdad bellos ejemplares de seres humanos. Y, más intensamente aún, anhelaba dar a conocer a mis amigos de un mundo, la existencia de mis amigos de otro. Alguien, fuera de aquel maravilloso país, tenía que saber que Edyta y Julek, Maria y Paweł, Ela y Jacek, etc., era reales y que los había como ellos por montones en Łódź y en Varsovia, en Cracovia y en Poznań. Ellos me tendieron la mano, me dieron su afecto y ternura, me invitaron a compartir sus problemas, me hicieron partícipe de sus alegrías y recibieron y apreciaron lo poco que fui capaz de dar. Durante mucho tiempo su vida fue mi vida y es por eso que el desmoronamiento del sistema socialista fue para mí no sólo una derrota histórica, sino una auténtica catástrofe personal. Evidentemente, a pesar de sus ominosas señales, era imposible prever hace tres decenios que todo ese universo que yo tanto había amado se vería tragado por el hoyo negro del capitalismo triunfante. Y fue así como, junto con el régimen socialista polaco, brutalmente se desvanecieron también todas mis esperanzas (que aunque en secreto siempre mantuve vivas) de regresar y de volver a convivir con la familia de entrañables amigos que un día me diera la hermosa República Popular de Polonia.